

La Genia y la nahuala

Claudia Cortés Calderón



Preámbulo

En el marco del *Seminario de Estudios de Género: Teorías Contemporáneas y Acción Política* de la Universidad del Claustro de Sor Juana, en la sesión del 15 de marzo de 2017 titulada: *Del corazón, la escritura y sus virtudes*, impartida por quien escribe y por la poetisa y artista orfebre, Ofelia Murrieta, el alumnado colaboró en la creación de un cuento grupal. Es un trabajo en constante construcción dado que les pertenece a múltiples autores y esperamos que los personajes sean la materia prima de múltiples expresiones.

La breve historia que sigue le da voz a aquellas sentencias familiares que se quedaron incrustadas en la versión íntima de nosotros y nosotras mismas. Uno de los sitios desde donde el relato se lanza es el replanteamiento de lo privado, lo público y lo íntimo, característica del feminismo de la tercera ola. Proponemos otra intersección al hacer una reconstrucción de la historia con *h* minúscula planteada desde el feminismo marxista de la segunda ola. Denunciamos como el cuerpo de las mujeres es un objeto de apropiación y

medio para la explotación. El feminismo francófono es el marco epistemológico¹ al que nos referimos desde el materialismo dialéctico marxista en tanto proceso de cambio sin finalidad última, una construcción constante. De esta manera podemos replantear la condición de lo humano más allá del binario tradicional².

Acto I

La Genia

Se ha quedado pensando cómo o porqué regresó a su pueblo. Mira a las personas pasar y a los árboles moverse, sonrío por los pensamientos que llegan a ella de forma espontánea, de momento selecciona algunos de ellos y los examina, se le vuelan con el fresco de la tarde. Eugenia es fuerte. Le gusta llevar el cabello amarrado en una coleta desde niña. Por las mañanas se dedica a atender su casa -en la que vive sola-. Le gusta vivir bonito. Por las tardes, atiende un taller mecánico a un par de cuadras de donde vive. Los vecinos la llaman Genia, porque “tiene un genio de los mil demonios”, pero a ella no le importa. Eugenia no es enojona, simplemente se hace oír. La gente de su pueblo ya se está acostumbrando. Tampoco les gusta que ella atienda su propio taller mecánico, pero acuden a ella porque los otros talleres están muy lejos y les cobran muy caro por servicios que no necesitan. Así que Eugenia los trata amablemente, y les sonrío agradecida de tener trabajo.

La Genia de hoy se acuerda que cuando niña que se escapaba para irse a robar los cuentos que Don Rufino apilaba en un baúl. Brincaba y corría para que nadie notara su

¹ Nos referimos a Jules Falquet, Christine Delphy y Colette Guillaumin en la obra: *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin – Paola Tabet – Nicole Claude Mathieu*, Buenos Aires, Brecha Lésbica, 2005.

² Para profundizar en el concepto de la deconstrucción de género, ver: Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona, 2007.

ausencia. Tenía que cruzar todo el pueblo, pero eso se hacía en un santiamén. Don Rufino y su mujer vivían lejos pero el pueblo era chico. Llegaba brincando y el viejillo borrachín se hacía que no la notaba. Nada más pensaba para sí: “ah, chamaca del demonio, ahí viene otra vez, a llevarse mis pasquines”, y se hacía el que roncaba. La Geniecita, agarraba los cuentos que le cabían en el brazo y se regresaba a la sombra del nogal, que estaba junto a su casa. Hojeaba despacito las páginas para darse una idea de la historia de la semana, luego los repasaba leyendo, que si de miedo, que si de amor, que si de aventuras. El caso es que se le cruzaban todas al final. Aventuras grandiosas, en los que había viajes y magia, y también tristeza.

El nogal parecía protegerla desde siempre, desde que volaba cometas en el llano. Cuando todos los personajes de los cuentos andaban correteando con ella, y llegaban a lugares remotos y mágicos. Los que andaban cazando dragones luego se convertían en fantasmas llorones que terminaban viajando a la China.

La Genia se sonreía recordando a la niña que crecía y esquivaba los ronquidos de Rufino. Un día no lo encontró sentado a la entrada como siempre. Sin el bulto del cuerpo de Rufino la niña descubrió otro baúl que nunca había visto antes. Había otra clase de cuentos, los que tenían menos dibujitos. Agarró unos cuantos, eran más raros para cargar. Sintió una mano grandota que la jalaba. No era Rufino, este era un hombre joven que olía a borracho y a sudor de enfermo, ropa sucia y grasa usada.

Escuchó la voz de Rufino – “A ver compadre si de veras tan chingón. Esta es la cabroncita que me debe todo lo que me ha robado.”

-Pos ya dije, compadre – respondió el grandulón – Usted nada más me dice a quién y va. Pos pa que soy hombre. Está chamaca, pero arriba de 30 kilos, ya tienen pelos.”

La niña no soltó su preciado tesoro, mientras una especie de reptil baboso se le metía por la boca y por la cola. Nunca había visto a Don Rufino tan colorado, como que se le salían los ojos de la cara. En cuestión de segundos, regresaba a su casa con los libros abrazados, sabía que eran los últimos cuentos que tomaba del baúl de Don Rufino.

Siguió corriendo y volando sus cometas, logró guardar suficientes amigos voladores que lanzaban sogas a la luna para darle de vueltas al universo entero. En una de esas vueltas se fue del pueblo y se convirtió en Genia. Para cuando asistía a la secundaria, llevaba una libretita, donde apuntaba todo para luego seguir bordando historias para sus cometas. Cumplió 19, cocinaba y bordaba como todas las otras mujeres que seguían visitando el nogal de su pueblo, pero había algo más: ella escribía. Hacía otras puntadas.

La Genia de repente entendió que había regresado no para huir de un hombre que la sofocaba, sino para escribir historias y volar cometas. Sonrió, acaricio a un perro que se le había juntado desde hacía ya tiempo. Le dijo. “¿Será, tú?, ¿tanta vuelta nada más para regresar al aire del nogal y volar papeles”. El perro de ojitos azules, le lamio la mano.

Acto II

Ella, la nahuala. Él, su compañero bajito, su otro yo...

Ya era una mujer con mucha vida para cuando puso el primer horcón, de lo que sería su casa, en ese pueblo, perdido de Dios. Sintió en las entrañas una sensación de vacío, de ser otra y la misma dentro de su carne. Le advirtieron que no se fuera tan a la orilla del caserío,

que por ese rumbo pasaban cosas; pero qué más le podía ya pasar. La rabia y la humillación, aún recorrían su cuerpo. Ese olor fétido a podredumbre, se negaba a abandonar su piel.

Por eso, y por otras cosas que ya no quería ni pensar, decidió poner su casa lo más lejos de la gente. Quería olvidarse de rumores y palabras dichas de mala fe. Entre menos tuviera que ver con la gente, mejor. No necesitaba mucho, con lo que sabía de remedios y curaciones, saldría al paso y sin médico en el pueblo, primero las mujeres y después todos los demás, tendrían que buscarla.

Las pocas veces que bajo a la calle principal, se hizo de ropa, cazuelas y semillas que le ayudarían a salir adelante y obtener algunas de las hierbas, que no se daban en el monte que estaba un poco más arriba de su jacal.

El primero en visitarla fue un perro negro, con una mancha blanca en el hocico, luego con alegría y gran gusto por encontrar compañía y alguien que no le daba de palos a la primera oportunidad.

Todas las mañanas salían a juntar la leña y las flores que, o curaban el ensueño, o el dolor de la ausencia. Había otras no tan fáciles de encontrar, como las que protegían de la envidia y de las miradas que reptaban sobre la carne joven. Ella y su perro, podían recorrer largas distancias, entrar por las grietas de las rocas y pedirles a las plantas su ayuda, a veces, eran unas flores, otras los pequeños brotes, solo cuando la necesidad lo apremiaba se llevaba la planta completa, por el tallo o la raíz.

Pronto, ella y su fiel compañero bajito, se entendían a la perfección, una mirada, el movimiento de una mano o un ladrido y ya, sabían hacia dónde dirigirse. En algunas noches de luna nueva, él le permitía entrar en su piel y así recorrer sin problema los alrededores y hasta bajar al pueblo para recorrer todas las calles.

Una noche de vagancia lunar, el perro nahual husmeó un aroma nuevo en el aire, era el de la Genia recién llegada. La buscó con su nariz del perro, la encontró junto al nogal. Se enamoraron, los dos, digo los tres. La Genia del perro, la nahuala de la Genia, y el perro de la Genia y de las salchichas que le dio de comer. Así, sin tropiezos, se volvieron inseparables. A la nahuala se le olvidó su cuerpo.

Acto III

Los compadres y la vieja

Cuando termina el día, el Chema regresa a casa y prepara la cena. Desde su cocina, puede ver la puerta de la casa de su vecino de enfrente, el señor Rufino. Chema es todavía un hombre joven; grandote y rechoncho. Tiene una aversión por el baño casi tan fuerte como sus pocas ganas de trabajar. Siempre usa la misma ropa; unos pantalones cortos color caqui y una playera de tirantes con manchas de comida y cerveza. Porta con orgullo los pocos vellos que le crecen en el pecho, pues los usa para resaltar su hombría ante los habitantes del pueblo. Se está quedando sin cabello, pareciera que estuviese migrando de su cabeza a sus hombros y espalda. El sillón de su sala, donde pasa los días viendo partidos de fútbol, tiene la forma de su cuerpo y los resortes salidos a los costados.

A su vecino, Rufino le gusta hablar con la boca abierta e interrumpir a las personas, porque él sabe siempre más acerca de todo y le gusta que todos lo sepan. Los fines de semana se reúne con su compadre. Su casa está descuidada porque ni a él, ni a su mujer, les interesa ya arreglarla, así que deja que las cosas se desgasten. Reparar los daños de una vivienda requiere tiempo, dinero y esfuerzo, y esas son cosas en las que él no piensa gastar su dinero. Con los gastos de la nueva novia –a la cual ve un par de veces al mes-, no le alcanza para gran cosa. Él sabe que debe guardar sus centavitos para remunerar el amor que le ofrecen las muchachas del pueblo cercano. Y como sus caricias no son vasos de agua, debe pagar buenas sumas para que cumplan lo que él desea. Y si algún día no le alcanza, sabe que siempre contará con su leal y querido compadre.

Su casa, la más grande del pueblo, está hecha de piedra volcánica negra y dura, igual que su corazón. Le gusta mucho el silencio, en su casa nunca hay música ni pláticas a la hora de la comida. El único momento en el que se escucha su voz es cuando lo visita su compadre, su vecino Chema. Cuando se reúnen, las luces de su sala se mantienen encendidas hasta muy tarde, mientras la comida y bebida abundan en la gran mesa de ébano de su comedor. Siempre viste de negro, contrasta completamente con su cabello tan blanco como las nubes que siempre se ven en el pueblo. Cuando cruza palabra con su esposa doña Casilda, es para pedirle comida o para lanzarle algún insulto. Llevan tanto tiempo casados que ninguno se acuerda por qué se unieron en primer lugar. Pero como son la pareja con más influencia del pueblo, saben que es mejor no decir nada. Su saludo habitual es “¿Por qué no está la comida, tonta?”, seguido de un pellizco o un golpe en el brazo de su esposa.

Doña Casilda es una mujer que desde siempre usa faldas largas y chales encima de las blusas de cuello alto que ella misma confecciona. Sobre el pecho siempre lleva un guardapelo con la imagen del Santo Niño. Después de peinarse, baja a la cocina a prepararle el desayuno a su marido. Ambos desayunan en la mesa de ébano, sentados cada uno al extremo contrario para evitar hablarse o mirarse. Cuando hubo bebido su café, se coloca uno de sus múltiples velos de encaje negro sobre la cabeza y sale hacia la Iglesia para escuchar misa. Mientras reza, le gusta entrecerrar los ojos y pensar en los pecados que cometen los demás habitantes del pueblo. Después, de manera muy solemne, golpea su pecho y dice 'amén' muy convencida de ser la mujer más santa del pueblo. Cuando termina la misa suele encontrarse a Eugenia caminando con el perro. Así que la mira, frunce el ceño, aprieta los labios y le lanza la misma pregunta que nunca parece tener respuesta: "¿Por qué sigues soltera todavía?" Eugenia la mira, le sonrío y simplemente le responde 'Ya llegará el día'. Doña Casilda, como todos los días, aprieta los puños contra su pecho y se aleja en la dirección contraria. ¿Qué se cree Eugenia sonriéndole de ese modo? "Qué ridícula es la gente que es feliz sin ir a la iglesia todos los días", piensa contrariada, mientras arregla el velo y guarda su rosario en el guardapelo.

Acto IV

La caída

Chema, no lograba salir de su sorpresa mientras que el olor de la sangre le daba náusea.

-No mame compadre, no mame. Pinche perro maldito. -Yo lo vi, yo lo vi.- Rufino levantaba los brazos.

-¡Casilda, carajo! – balbuceaba aturcido – quería vomitar – pinche vieja.

La mujer agazapada en una orilla oscura de su cuarto escuchaba tratando de comprender que sucedía. Apenas hacía unos momentos escuchaba la eterna plática de borrachos. Que si quien era más chingón en la cama, qué si quien se había levantado más chavitas, qué a quien le iba a tocar ahora chupársela al otro si no se cogía a la primera que pasara por ahí. Todas las semanas era lo mismo, exactamente después del cuarto trago de ron, el tema era el gran negocio que harían ahora que les tocara la lana que el gobierno repartiría por el problema de la mina de ya hacía 25 años. Dos tragos más, con otras cervezas adentro, y Rufino se iba a tirar a la entrada de su caserón para roncar a gusto. Dejaba la puerta abierta para cazar chamacos como si fueran moscas. Nunca faltaban los que lo vacilaban y se metían a su casa a robarle cuentos. Don Rufinito tan querendón con los niños, pensaba Casilda.

En esa noche la Genia se había salido a caminar sin rumbo. Llegó al otro lado del pueblo sin pensarlo mucho. Cuando de repente, reconoció al viejo sentado roncando, recordó de lejos los cuentos de su niñez. Su mirada también reconoció al hombre ya envejecido que la había doblado como un trapo cuando su cuerpo era todavía nuevecito. Sintió la baba caliente, le vino un mal sabor de boca.

-“Ya va compadre, la primera que se me atreviese. Como no- Va a su salud, faltaba más” –

El Chema se adelantó unos pasos, aturcido y tambaleante. Tratando de enfocar la mancha por la que adivinaba una figura femenina. Se bajó los pantalones torpemente. Se le revolieron los pies y cayó de frente. No alcanzo ni a meter las manos.

Casilda entendió lo que pasaba, como entendió todas las otras veces. Por un momento disfrutó la posibilidad de que la Genia sufriera otro mal rato. Pensó – “ánde por presumida y creída”. Se asomó desde su agujero, un solo momentito. Logró captar como el perro feliz husmeaba el olor dulzón de la sangre que empezó a salir de la nariz rota del Chema, y como husmeó el resto del cuerpo caído para luego comerse algo que parecía una salchicha.